

Arquitectura escolar católica en Camagüey, Cuba (1900-1961) como espacio socioformativo

Scholar architecture of catholic in Camagüey, Cuba (1900-1961) like a social and formative space

Pável Revelo Álvarez

Universidad de Camagüey «Ignacio Agramonte Loynaz», Camagüey, Cuba
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-1397-7940>
Correo electrónico: pavel.revelo@gmail.com

Vilda Rodríguez Méndez

Universidad de Camagüey «Ignacio Agramonte Loynaz», Camagüey, Cuba
ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8081-575x>
Correo electrónico: vilda.rodriguez@reduc.edu.cu

María del Carmen Véliz Torres

Universidad de Camagüey «Ignacio Agramonte Loynaz», Camagüey, Cuba
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4042-9157>
Correo electrónico: maria.veliz@reduc.edu.cu

RESUMEN

Introducción: El objetivo de este trabajo es desestructurar elementos subyacentes entre lo material, lo simbólico y sus redes de significación presentes en la arquitectura de colegios católicos en Camagüey, Cuba (1900-1961) como un espacio socioformativo.

Métodos: Se emplea un enfoque holístico que integra saberes procedentes de la Pedagogía, la Antropología, la Culturología, la Historia, la Sociología y la Arquitectura. Se emplearon métodos como la revisión documental, la observación y la aplicación de historias de vida a exalumnos.

Resultados: Se develan discriminaciones múltiples por el color de la piel, el sexo, la clase social y el territorio asociadas a la arquitectura escolar en cuanto a condiciones, distribución espacial de las construcciones y la participación de los agentes socializadores.

Conclusiones: El análisis establece relaciones desde lo macro con lo estructural, histórico, cultural e institucional y desde lo micro con: el contexto áulico y la distribución de espacios internos. Se develan las relaciones de poder desde lo visual-construido, el sistema disciplinar y sus dispositivos. Se transmite la ideología imperante hasta su naturalización e internalización.

PALABRAS CLAVE: arquitectura escolar; colegios religiosos católicos; sexismo; racismo; clase social

ABSTRACT

Introduction: The objective of this work is to deconstruct underlying elements between the material, the symbolic and their networks of signification present in the architecture of Catholic schools in Camagüey, Cuba (1900-1961) as a socio-formative space.

Methods: A holistic approach that integrates knowledge from Pedagogy, Anthropology, Culturology, History, Sociology and Architecture is used. Methods used were documentary review, observation and the application of life histories to former students.

Results: Multiple discriminations by skin color, sex, social class and territory associated with school architecture are revealed in terms of conditions, spatial distribution of buildings and the participation of socializing agents.

Conclusions: The analysis establishes relationships from the macro with the structural, historical, cultural and institutional and from the micro with: the classroom context and the distribution of internal spaces. Power relations are revealed from the visual-constructed, the disciplinary system and its devices. The prevailing ideology is transmitted until its naturalization and internalization.

KEYWORDS: school architecture; catholic religious schools; sexism; racism; social class

CONTRIBUCIÓN DE AUTORÍA

Concepción y/o diseño de investigación: Pável Revelo Álvarez, Vilda Rodríguez Méndez, María del Carmen Véliz Torres

Adquisición de datos: Pável Revelo Álvarez, Vilda Rodríguez Méndez, María del Carmen Véliz Torres

Análisis e interpretación de datos: Pável Revelo Álvarez, Vilda Rodríguez Méndez, María del Carmen Véliz Torres

Escritura y/o revisión del artículo: Pável Revelo Álvarez, Vilda Rodríguez Méndez, María del Carmen Véliz Torres

INTRODUCCIÓN

En la primera mitad del siglo XX comenzó en Cuba la organización de instituciones escolarizadas con objetivo de instruir y educar a los ciudadanos. Esto, en gran medida, contribuyó a sustentar el poder neocolonial y a que se mantuvieran estructuras de diferenciación social, las cuales, de forma subrepticia, penetraron en la realidad cubana.

En la ciudad de Camagüey, entre los colegios religiosos fundados en el periodo que se investiga (1900-1961), católicos en su mayoría, tuvieron presencia tres órdenes masculinos¹ y cuatro femeninos,² dedicadas exclusivamente a la educación, algunas con más de un colegio porque las demandas eran mayores que las ofertas instructivas-educativas.

¹ Escolapios, salesianos y maristas.

² Teresianas, salesianas, oblatas e Hijas de la Caridad.

Las congregaciones religiosas preferían «esta ciudad del centro de la isla porque la actividad económica fundamental, la ganadería» (Sosa y Penabat, 2001: 193) primero y luego la producción azucarera,³ producían cuantiosas ganancias y el alto nivel económico exhibido por los moradores se tenía en cuenta a la hora de construir un colegio, como garantía de pago.

Es lógico que creciera el interés de las familias adineradas por la educación, e incluso, al igual que en otras zonas del país, la existencia de una burguesía negra, con sus particularidades, facilitó que un grupo de mujeres camagüeyanas de ese color de piel, que pertenecían a la élite, por gestiones de personalidades influyentes, blancos,⁴ pudieran educarse en colegios privados de confesionalidad católica.

Tales circunstancias, vinculadas a la fuerza de las raíces cristianas en Camagüey, contribuyeron a crear un escenario propicio para acentuar el poder simbólico del sistema educativo de los colegios religiosos católicos en la formación de sus educandos, e influir en todo el espacio social. Debe tenerse en cuenta esta situación como una pieza que engrana con la cadena de un sistema mayor, que es la sociedad de aquel momento. Cabe suponer entonces la importancia de su comprensión para la explicación de la misma.

Después del triunfo de la Revolución cubana se emitió la Ley de Nacionalización de la Enseñanza en Cuba (1961), dirigida a todos los colegios privados del país e incluyó, en el caso de los católicos, el cese de la educación religiosa, la indemnización a algunos de los propietarios y el éxodo de las familias congregacionales que la impartían. Los edificios que antaño funcionaron como colegios religiosos católicos de pago, en la nueva realidad social, por su idoneidad constructiva, mantuvieron, excepto uno,⁵ esas mismas funciones, pero con la diferencia que la nueva prestación instructiva-educativa fue gratuita e incluyente, sin importar las mezclas por razones de sexo, color de la piel, clase social o territorio de residencia. De la colonia⁶ y de la República se heredó un rico patrimonio arquitectónico escolarizado religioso católico.

En el artículo que se presenta se analizan los colegios religiosos católicos de la ciudad de Camagüey, no así los escasos exponentes rurales, porque la educación religiosa católica escolarizada no tuvo una fuerte presencia en este ámbito.

³ La ganadería fue un renglón económico fundamental en Camagüey; en cuanto a la producción azucarera, según el censo de 1899, la provincia tuvo el último lugar, pero ya en el 1923 tenía 29 centrales y el primer lugar en el país. Existe una sacarocracia muy fuerte que lleva a ese desarrollo.

⁴ Cayetano de Quesada; Altica Agramonte, sobrina de Dolores Betancourt. Se conservan solo dos cartas en el Arzobispado de Camagüey, fechadas el 28 de febrero de 1923 y la otra el 13 de noviembre de 1923, firmadas por Cayetano de Quesada y dirigida al Obispo, Monseñor Enrique Pérez Serantes que acreditan las ideas anteriores. Los folios no se encuentran clasificados por números consecutivos.

⁵ El colegio de salesianas de Luaces, que funciona como Policlínica José Martí.

⁶ De la colonia solamente se heredan los colegios de ursulinas y escolapios, de ellos los escolapios son los únicos que extienden su función instructiva/educativa hasta 1961. Las ursulinas en la década de los 50 se fusionan con la comunidad de La Habana.

El panorama educacional que presentaba Camagüey cuando inicia la República es muy desolador; si se observa lo expresado por el censo de 1899, la población urbana era de 33 384 personas y de ellos sabía leer el 37.8 %; mientras que, de la rural, con 17 889, leía el 28 %. De las ochenta escuelas existentes, treinta y cuatro eran públicas, cuarenta y cuatro privadas y solo dos religiosas católicas: escolapios y ursulinas, diapasón que se fue ampliando si se tiene en cuenta que hasta 1961 «cinco congregaciones religiosas católicas, en Camagüey, solicitaron edificar instituciones dirigidas a la labor educativa privada: escolapios (1 colegio); maristas (1 colegio); salesianos (1 colegio); teresianas (2 colegios), salesianas (3 colegios) y Oblatas de la Providencia (1 colegio)» (Revelo, Rodríguez y Rodríguez, 2020: 12).

La tipología privada fue diferente a la iniciativa pública. En el siglo XX aún se mantenían los mismos problemas, heredados del panorama educacional decimonónico en la escuela pública, que entre tantas fallas continuaba caracterizándose por de los métodos deficientes utilizados por los preceptores para instruir y disciplinar; «hacinamiento y limitaciones curriculares» (Sosa y Penabad, 2001: 110); alto por ciento de analfabetos, sobrerrepresentadas las personas de color de piel negro; improvisación y deficiente preparación del profesorado, falta de condiciones higiénico-sanitarias de los locales y precariedad de las instituciones adaptadas para escuela pública.

El espacio arquitectónico y su relación con los colegios religiosos católicos camagüeyanos en la República (1900-1961)

Por otra parte, la edificación religiosa católica, destinada para escuela, mantuvo su idoneidad constructiva y espacios diferenciados según el sexo de los alumnos, color de piel, estratificación socioclasista y territorio de procedencia de los estudiantes como indicadores de la desigualdad. La arquitectura, la distribución espacial, la interrelación de contextos y la participación de agentes socializadores influyen en la formación del estudiante; ninguno de estos elementos tiene supremacía sobre los otros, sino que se complementan, funcionan de manera entremezclada.

Coleman (1966) refirió que los recursos materiales y la habitabilidad en espacios arquitectónicos escolares ejercen un efecto reducido en los logros del estudiante y que la principal condicionante para ello se focaliza en los antecedentes familiares. La familia como primer agente socializador es decisiva en los procesos de aprendizaje y educación, pero no existe de manera aislada. En el análisis que realizó el autor referido no tuvo en cuenta las interacciones, ni los diversos contextos en los que se relaciona el escolar, y, el objetivo de su informe se «centró más en medir aptitudes y no aprendizajes» (Jencks, 1972: 37); es por eso que no encuentran diferencias entre las escuelas muestreadas.

La infraestructura arquitectónica, desde lo material y lo simbólico, actúa como un elemento identificador y diferenciador en la formación del estudiante. «Las escuelas forman de manera integral, la construcción de instalaciones se hará según sus intereses y en correspondencia con las necesidades de la sociedad» (Jencks, 1972: 39). Por ejemplo, si

estas instituciones escolares católicas enseñaron de forma electiva música, dibujo, teatro, oficios, deportes, oficios entonces, la medición se debió centrar en estos aspectos, pero no puede desligarse de los lugares donde acontecieron, de lo infraestructural, de la clase social a quienes se dirigió, porque son espacios que necesitan de determinadas condiciones para desarrollar estos aprendizajes con calidad.

Para una mejor comprensión de lo que se afirma anteriormente se ofrece una breve descripción de cada una de estas escuelas católicas camagüeyanas. El primer colegio de esta confesionalidad que se registra en la investigación se llamó desde su fundación «Liceo Calasancio del Príncipe» (Fernández, 1997: 211), y se le conocía como *las escuelas pías o colegio de los escolapios*, precisamente porque la congregación religiosa que regentaba la escuela eran los padres escolapios, o religiosos de San José de Calasanz.

El colegio de los escolapios se ubicaba en la antigua Plaza de San Francisco, entre las calles de Academia y San Fernando, precedido por una plaza y separado de otros edificios; de construcción sólida, monumental, jerarquizaba el entorno, de estilo neogótico. En la escuela se matriculaba a niños, por lo general de color de piel blanca, de clase media.

En la primera mitad del siglo XX, el 8 de septiembre de 1915, abre sus puertas el colegio Santa Teresa de Jesús (S.T.J.), que no inicia el curso escolar hasta el 1.º de octubre de ese año; el también llamado *colegio teresiano* de la calle Popular, dirigido por las religiosas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, tuvo su primer centro ubicado en la calle Estrada Palma 32.^a (hoy Ignacio Agramonte 190-192), entre Avellaneda y Domingo Castillo; luego, con el fin de ampliarse, compraron varias casas y establecieron su sede en la calle Popular entre Padre Valencia y López Recio.

El edificio, de tres pisos, es monumental, uno de los más compactos de la zona, ubicado topográficamente en la parte alta de la ciudad, está cercano a la plaza y al templo religioso de la Merced; sus espacios interiores poseen gran amplitud, y contaba además con un campo deportivo anexo a las afueras de la ciudad.⁷ Excepto en el nivel de parvulitos, que aceptaba a niños, el colegio admitía generalmente solo a niñas blancas,⁸ de clase social media y de la más alta burguesía camagüeyana.

Allí se cursaba la primaria superior, hasta el octavo grado; luego las alumnas podían ir al bachillerato, estudiar en la escuela de comercio y secretariado, o, en menor número, en la escuela del hogar. Las alumnas de las teresianas estaban sometidas a una disciplina férrea⁹ en cualquiera de sus colegios, incluyendo el otro de la orden que existió en la ciudad.

⁷ El club o campo deportivo de las teresianas es la propiedad donde hoy se ubica el Hospital Psiquiátrico de Camagüey René Vallejo Ortiz.

⁸ Refiere la informante clave Alba Delia de la Hoz que en una ocasión conoció una «mulatica», pero muy clara, en el colegio; añade que esto era una rareza.

⁹ Historia de vida de Yolanda Villalobo, exalumna teresiana del colegio de la calle Popular.

Este otro plantel educativo de las teresianas fue inaugurado el 16 de febrero de 1953, y lo bendijeron bajo la protección del Sagrado Corazón de Jesús en un edificio biplanta, con el campo de deporte incluido, ubicado en el reparto Saratoga. La escuela era para niñas, casi todas de color de piel blanca, por lo general de clase media y alta, y comprendía los grados desde preescolar hasta sexto. Luego de terminado el nivel primario, algunas de las alumnas se trasladaban al exclusivo colegio de la calle Popular o a otras escuelas. Este colegio funcionó internamente con los mismos principios disciplinares y de comportamiento que su homólogo de la calle Popular.

A partir de agosto de 1922 se funda en Camagüey el primer colegio de salesianas. A esta primera escuela le pusieron por nombre Dolores Betancourt, en honor a su benefactora, conocida por el pueblo como la *Señorita Medio Millón*, aunque la instalación, dirigida por las religiosas del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, fue más conocida como *el colegio de Luaces*.

El edificio está situado en la calle Luaces número 52, frente a la Plaza de San Francisco, en la parte alta de la ciudad, separado de todos los edificios colindantes. Las calles finalizan al frente del colegio, y se utiliza la esquina en la construcción, mientras la composición volumétrica del biplanta dialoga con otros enclaves del repertorio religioso. En tamaño y altura solo es comparable en la zona con el templo del Sagrado Corazón de Jesús y el colegio de los escolapios.

Se trataba de un colegio pensado para señoritas blancas de clase media o alta, aunque recibían excepcionalmente a niñas negras de piel clara de clase social media. Los niveles educacionales que se cursaban eran desde el pre-escolar hasta el octavo grado; luego las alumnas se matriculaban en el bachillerato, la escuela de comercio o la escuela del hogar.

A causa de la demanda de este primer colegio, en el año 1935 se funda la Academia María Auxiliadora, también bajo la égida de las Hijas de María Auxiliadora (salesianas), situada en el barrio de La Vigía, en la Avenida de los Mártires número 219.

La construcción se realizó en una zona que comenzaba a desarrollarse económicamente a causa del progreso del ferrocarril en la región. Fue un edificio moderno de dos plantas, con escasos elementos decorativos, y no fue de los planteles educativos más relevantes de su tiempo. El alumnado lo conformaban niñas, preferentemente blancas, de clase social media. Se estudiaba desde la primaria hasta el octavo grado.

El 7 de septiembre 1936 sucede la tercera fundación de las salesianas, el colegio Santa María Mazzarello, ubicado en un lugar donde se asentaba principalmente una población pobre, en la barriada del Carmen; el edificio es colosal dentro del repertorio religioso y habitacional que lo acompaña, aunque se acogiera en su interior a niñas de pocos recursos. La instalación de antaño fue propiedad de las Madres Ursulinas, o sea que el colegio no se construyó por encargo de la congregación salesiana.

El sólido edificio está muy cercano a la plaza, separado del resto de las edificaciones, con amplios espacios para la función educativa, y lo acompaña el templo para el culto. El

colegio recibió a niñas generalmente blancas, aunque también algunas negras; se podía cursar el nivel primario hasta terminar el octavo grado. Allí recibieron enseñanza miles de niñas, unas con beca total, otras con media beca. «Este colegio llegó a ser la obra más completa de las madres salesianas en Cuba»,¹⁰ sin soslayar la relevancia que tuvo la fundación salesiana masculina en la región.

En 1934 es que se autoriza en Camagüey la construcción del colegio de Artes y Oficios. En 1936 llega a la provincia el señor Higinio Paoli para trabajar como profesor de la escuela parroquial y del colegio de ese plantel. A la escuela se le puso por nombre también Dolores Betancourt, como a una de las fundadas por las salesianas para niñas; de esta forma se honraba la memoria de quien fuera la mayor benefactora de la congregación salesiana en el país. Ello es evidencia de la significación de esta mujer para la sociedad camagüeyana de la época y en particular para la Iglesia católica, pues resulta una rareza que un colegio para niños llevase el nombre de una fémina y no precisamente de una de las advocaciones marianas.

El colegio se fundó en la Calle Padre Felipe, en la barriada de La Caridad. Es una construcción monumental, separada del resto de las edificaciones, distante del centro comercial camagüeyano, y se jerarquiza en el entorno con relación a las viviendas que conforman el repertorio habitacional. Recibía a niños, en su mayoría blancos, aunque en el alumnado había de otros colores de piel, incluso negros, casi todos procedentes de familias obreras. Allí estudiaban desde el nivel pre-escolar hasta el octavo grado, y eran adiestrados en un oficio, que los preparaba para su futuro desempeño.

En 1924 en la ciudad ocurre un acontecimiento insólito: se funda por primera vez un colegio católico para niñas negras, regentado por religiosas de ese mismo color de piel. Esto conduce a reflexionar sobre la existencia en la provincia de una pequeña burguesía negra,¹¹ que desde épocas tempranas comprendió el valor de la educación como la vía para lograr una movilidad social ascendente.

El primer colegio católico de oblatas se llamó Academia Cayetano de Quesada, ubicada en la calle Lugareño, número 39, esquina a Rosa la Bayamesa, colindante con la barriada del Cristo, una zona mayoritariamente caracterizada por personas asentadas de color de piel negra y donde se ubicaban las instituciones socioculturales para no blancos.

La primera escuela se ubicó en la esquina. Es el único colegio que fue construido con una sola planta, de fachada sobria y no se encuentra separado de edificios colindantes. No

¹⁰ Zoraida Pedroso Oropesa, exalumna de las salesianas que estudio en el colegio Santa María Mazzarello.

¹¹ Este concepto de pequeña burguesía negra lo trabaja Derubín Jacome. Otros autores como Alejandro de la Fuente y Elda Cento se refieren al poder económico que tenían algunos negros. Asociar la palabra burguesía únicamente con las personas de color de piel blanca con caudal económico ha sido un error extendido en el imaginario popular; incluso en este estudio al entrevistar a las mujeres negras que tenían buena posición dentro de la estructura social, estas no se asumen a sí mismas como pertenecientes a una burguesía por creer que este es un calificativo para blancos.

está acompañado ni precedido de plaza o espacio anterior amplio y se encuentra distante del templo para el culto.

Se fundó para educar a niñas no blancas, perteneciente en su mayoría a la burguesía negra y de clase media, aunque se admitían niñas pobres a las que se les ofertaban becas. En los primeros años se admitían algunos niños, pero era de forma excepcional.

En la década de 1950 las hermanas Oblatas de la Providencia fundaron un segundo colegio: La Inmaculada. Se trataba de una magnífica instalación, biplanta, de gran solidez, jerarquiza en el entorno, con amplios espacios para la recreación, campo de deportes incluido y también se ubicaba aprovechando la esquina.

En el año 1926 se inaugura el Asilo María Montejo Tan, en honor de su benefactora y fundadora camagüeyana, quien fundó además el plantel educacional La Fe, una institución rectorada por la Compañía de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paul. Se construyó el asilo-colegio en la barriada de La Vigía, pero no en su arteria principal, sino en la calle Teniente Cañón número 152, entre Gonzalo de Quesada y Fernando de Zayas.

Esta escuela inicialmente contaba con un solo piso, y al terminarse el inmueble fue el más alto del entorno. Se trata de un edificio compacto, construido en la esquina e independiente del resto del repertorio habitacional que lo circunda. Recibía niños de ambos sexos, preferiblemente niñas. Asistían niños de cualquier color de piel, pobres, huérfanos y no huérfanos, algunas niñas tenían familia y contribuían con pago o fuerza de trabajo con la institución. En el colegio se preparaba desde pre-escolar hasta el sexto grado.

En contraste con la escuela anterior de niñas pobres, también en La Vigía, el 10 de octubre de 1936 se inauguró un colegio de la congregación de los Hermanos Maristas de la Enseñanza: el colegio Marcelino Champagnat de Camagüey. Su primera sede estuvo enclavada en la Avenida de los Mártires, número 92, entre la Iglesia de San José y el Colegio e Iglesia Episcopal de San Pablo, y frente a la calle Fernando de Zayas. Luego se compró un terreno en Avenida de los Mártires número 111 hacia donde se trasladó el nuevo colegio.

La escuela abrió sus puertas el 16 de noviembre de 1941. El edificio es el más compacto y elegante del entorno; de estilo *art déco*, está ubicado en la esquina, separado de los edificios colindantes. Construido topográficamente en la parte alta de la ciudad, al frente existe un gran espacio simulando una pequeña plaza. Los espacios interiores son amplios, iluminados y ventilados, con extensos pasillos alrededor del campo de deporte. Además, es el único colegio al que se le construyó una piscina.

A esta escuela solo asistían niños de color de piel blanca y perteneciente a la más alta burguesía camagüeyana. Se estudiaba desde el pre-escolar hasta el octavo grado, y el plantel educativo estaba incorporado al Instituto de Segunda Enseñanza de Camagüey, por el que transitaba casi la matrícula completa de la escuela, pues este era el paso anterior para ingresar a la universidad y luego recibirse como profesionales.

Significados y significantes de la arquitectura religiosa católica escolarizada en Camagüey (1915-1961)

En Camagüey la arquitectura y el urbanismo estuvieron vinculados con los procesos de transformación social acontecidos a partir de la instauración de la República. En la fisonomía de la ciudad no sucedió un cambio brusco, pero se fue ampliando su imagen, se advirtió una ruptura parcial con la cultura hispánica, aunque supervivieron muchas de sus expresiones, sobre todo en el repertorio construido religioso católico: templos, instituciones benéficas y colegios.

Las edificaciones educacionales católicas fueron habitadas por personas que las resignificaron; es por eso que en la valoración de este fenómeno se comienza por establecer las relaciones de la arquitectura, el urbanismo y la territorialidad con la dimensión demográfica. El estudio de la población fue un elemento indispensable para el enclave y sostenimiento de estos colegios. Los entrevistados afirmaron que las familias aportaban con donaciones, o alguna otra forma de tributo,¹² el pago de la cuota mensual por los servicios educacionales; se infiere que estas personas eran quienes constituían la mayor fuente de ingreso de las escuelas y garantizaban la continuidad de niveles; de ahí que estas se edificaran para determinados estratos sociales, sexo y personas con un color de piel específico, categorías indispensables para la valoración.

Al analizar las historias de vida de los exalumnos/as, y relacionar dimensiones como el territorio de residencia, la clase social de pertenencia, el nivel económico de la familia y el tipo de escuela a la que se asistía, se evidencia que las diferentes clases sociales con determinado poder económico se agruparon de manera escalonada en un territorio. Las clases más acaudaladas estaban próximas a lugares importantes y de gran concurrencia: la parroquial mayor, los edificios de gobierno y los negocios que marcaban el centro de la ciudad y de los cuales eran propietarias algunas de esas familias. Los estratos sociales de menos recursos financieros se situaron en los alrededores, y llegaron a desplazarse hasta la periferia, como sucedió con las instituciones donde matricularon negros, pobres y huérfanos. El emplazamiento del colegio católico fue proporcional a los niveles de significación asignado a determinados lugares.

El solo hecho de expresar que se estudiaba en uno de esos colegios católicos o que se vivía en determinado territorio contenía elementos de violencia implícitos que incidieron en la formación de esos sujetos sociales. Esto situaba a los sujetos en posiciones desiguales, revelaba posibles niveles económicos, determinada ubicación en la escala socioclasista, indicaba la posesión de un color de piel y un sexo, una mayor o menor preparación académica, así como etiquetas con relación al capital cultural o filiación a determinadas

¹² Se refiere al pago con fuerza de trabajo de las familias o de los niños que realizaban labores internas. Fue una práctica común que al erigir un convento o una escuela se analizara el nivel adquisitivo de los pobladores y el entorno donde se iba a enclavar. Se evitaba, además, ubicarlos en áreas cercanas a las instituciones con igual función, porque no se podía contribuir con todas.

manifestaciones ideológicas, aspectos que constituían limitantes para establecer relaciones con aquellos «otros/as» de estratos sociales diferentes.

La anterior afirmación conecta con las particularidades de Camagüey, lugar seleccionado para la investigación y donde se delimitaron espacios también para ricos y pobres, y se agruparon personas de acuerdo al color de su piel. Asociados a determinadas condicionantes, como la penetración norteamericana en la región, el desarrollo azucarero, la construcción del ferrocarril y el enriquecimiento de la burguesía local, se generaron procesos de expansión urbana y se fundaron nuevos barrios: La Vigía, La Zambrana y las fincas Garrido y Saratoga, que requirieron de una infraestructura y la asignación de espacios para la instrucción-educación de los hijos de las clases acomodadas, un nuevo dispositivo para acentuar las desigualdades.

La construcción de colegios en esos nuevos barrios significó proximidad al lugar de residencia de los estudiantes y un mayor control de los alumnos y familiares. Además, propició el diseño de estructuras arquitectónicas funcionales y decorativas a tono con las demandas de una clase social determinada y el reforzamiento de una ideología burguesa que garantizaba mantener los privilegios de este sector poblacional.

En el caso de la barriada de La Vigía, «esta se convirtió en un símbolo de las construcciones republicanas» (Izaguirre, 2020: 32). En su arteria principal se edificó el magno colegio Champagnat, el edificio más vistoso de ese entorno, destinado a niños blancos de la alta burguesía camagüeyana; en este mismo barrio coexistieron otras dos escuelas, una de salesianas para clase media y la otra enclavada en la periferia destinada al amparo filial de huérfanos, el asilo María Montejo Tan.

La ubicación de las escuelas dentro de un territorio determinado es el reflejo de la ideología del poder que está en correspondencia con los niveles de estratificación existentes y las polarizaciones establecidas entre superioridad e inferioridad. En el caso específico de los colegios ubicados en La Vigía el beneficio constructivo se dirigió al varón rico, blanco, para que se diseñó un colegio de gran capacidad y el mejor desde el punto de vista infraestructural donde se planificaron espacios para la formación, investigación, recreación y competencia. Un lugar reproductor de las férreas estructuras sociales y los imaginarios contruidos, funcional para una parte de la sociedad y beneficioso para aquellos que continuarían detentando el poder, los potenciales profesionales y los futuros dueños por tracción de las empresas y negocios familiares.

Según lo expresado en los anuarios del colegio Champagnat, los alumnos cada año, dentro del sistema de premios y castigos obtenían logros como campeones en natación, beisbol, basquetbol y ganadores de concursos de conocimientos. Alcanzar el éxito era una de las mayores aspiraciones.

La idoneidad de los espacios creados dentro de la escuela para el entrenamiento deportivo y académico se correspondió con los resultados obtenidos; sin embargo, ello no anulaba la posibilidad de que en otros planteles de varones donde no existieron estas

instalaciones algún estudiante obtuviera reconocimiento, aunque no constituyó una práctica común. Los alumnos en desventaja necesitaban de otros soportes familiares e institucionales, lo cual implicaba muchas rupturas y encuentros: desestructuración de esquemas mentales, resistencias y reinención de nuevas formas de resistir, capacidad de resiliencia y disposición para realizar un doble esfuerzo con el objetivo de alcanzar el éxito.

En contraste con el exclusivo colegio Champagnat, se planificó construir otros planteles, dirigidos a la formación de potenciales trabajadores manuales en oficios y especialidades técnicas, como fue el caso de Artes y Oficios para niños de la escuela de los salesianos en Camagüey. La presencia estructural de la construcción de talleres para la enseñanza de diversas especialidades era la evidencia de que los receptores estaban destinados a la inmovilidad social y a la reproducción sexual y clasista del trabajo: «raramente estos niños conocerían el éxito y la profesionalización».¹³

Relaciones de la arquitectura con el género, color de la piel, y clase social en los colegios católicos en Camagüey

El diseño de espacios interiores desde una perspectiva de género también tuvo un carácter segregativo para las niñas. La creación en los colegios de instalaciones para el desarrollo de labores consideradas femeninas, y el mantener vinculadas a las alumnas, al concluir el octavo grado, con una red de instituciones,¹⁴ garantizaba el histórico otorgamiento de confinarlas a las labores domésticas y a otros servicios de atención a la familia. De esta forma, las posibilidades de profesionalización femenina también quedaban limitadas.

En el proceso de recogida de la información se constató el anhelo de los alumnos que no estudiaron en los colegios católicos de élite en Camagüey por integrar la matrícula de estos espacios para disfrutar de los privilegios infraestructurales y una mejor preparación, pues existía una distribución desigual del conocimiento con respecto a otras instituciones de enseñanza. Se había internalizado que el tránsito sostenido por todos los niveles escolares de estos exclusivos colegios otorgaba una movilidad social ascendente y un exitoso sistema de relaciones con los empoderados. Además, se reconocía «que en sus planteles la educación era de muy buena calidad y pertenecer allí también constituía un privilegio con relación a otros menos favorecidos y era un indicador de diferenciación».¹⁵

Otro colegio católico de los construidos en los nuevos barrios camagüeyanos fue el teresiano de Saratoga, fundado el 16 de febrero de 1953. Se especuló en una publicación¹⁶ que la escuela estaba enclavada en una barriada pobre y las niñas recibidas no tenían el

¹³ Historia de vida de Augusto Rodríguez.

¹⁴ Escuelas del hogar, la de comercio y secretariado y la Normal para Maestros.

¹⁵ Historia de vida de Ángela Salvador.

¹⁶ Fue referido en la revista *Enfoque* por Lorenzo Matorell.

mismo poder adquisitivo que las matriculadas en la institución homóloga de la calle Popular, idea con la que no se coincide porque en

los años 20 la quinta de Saratoga anunció su «urbanización» y en la década del 30, en correspondencia con el auge azucarero, la burguesía eligió nuevos parajes para optar por las modas de turno para lo cual eligió las áreas aledañas a los ejes noreste, siguiendo el antiguo Camino Real de Cuba y al sureste, el Camino a Santiago de Cuba. (Tamames, 2021: 83)

Es cierto que algunas de las entrevistadas refieren que en estas instituciones se otorgaron, de forma minoritaria, becas a los niños de rezagados ingresos económicos, pero no se concuerda con la afirmación de que el colegio teresiano de Saratoga, como cualquier otro de su tipo, recibiera en su mayoría a un alumnado pobre que no pudiese pagar, aunque fuera una cuota parcial. A las aulas de esta escuela, por lo general, asistieron niñas procedentes de familias adineradas de otros barrios colindantes como la Zambrana, Garrido, Deleite y Marquesado, que comenzaron a poblarse en torno al desarrollo de una industria azucarera con una producción inmensa de ganancias. No puede desligarse en este análisis la estructura económica de las clases sociales, las construcciones ideológicas y la educación; esta última fue un reflejo de las aspiraciones de esas clases.

En esta zona, desde 1903, se había construido solo un colegio de orientación protestante¹⁷ para ambos sexos, el Pinson, porque el protestantismo desde su presencia inicial intervino para su penetración en los espacios rurales, en las márgenes sociales y en la periferia, lugares de escasa presencia católica. La escuela teresiana de Saratoga con una propuesta dirigida a un solo sexo, fue edificada en el año 1953 cuando se adquirieron nuevos terrenos y se construyeron propiedades hacia las afueras de la ciudad, entre ellas colegios; el catolicismo no se resistió a perder espacios de incidencia y control social.

Al reiterar que la arquitectura escolar expresó vínculos con elementos económicos, sociopolíticos y culturales a través de las maneras de construir para determinados grupos sociales, se añade que esta fue también reflejo de la segregación por el color de la piel. Por ejemplo, a las niñas negras se les reservó, casi de forma simbólica, un espacio dentro de un marco social con predominio de una ideología burguesa que defendía a las clases empoderadas blancas y el proceso escolar era regentado también por personas de piel blanca, que formaban parte de una jerarquía eclesial, predominantemente española y muy renuente a aceptar la diferencia.

Es una particularidad de Camagüey, compartida con algunas otras provincias de Cuba,¹⁸ que se pensara en edificar un colegio dentro la confesionalidad católica

¹⁷ El otro colegio protestante episcopal que existió en la ciudad de Camagüey fue el San Pablo, construido en 1931, en La Vigía, pero en esta zona sí había una fuerte presencia de colegios católicos masculinos y femeninos.

¹⁸ La Habana, Matanzas, Santa Clara y Santiago de Cuba.

exclusivamente para la formación de niñas negras. No es casual que este único plantel educativo, también regentado por monjas negras se ubicara primeramente en la zona donde se encuentra enclavado el barrio del Cristo, territorio donde se asentó y, aún permanece una numerosa población de personas de ese mismo color de piel y donde la escuela antaño estableció un diálogo solidario con las edificaciones pobres del lugar. Además, coexistieron otras instituciones y asociaciones fundadas con la aspiración de que negros y mulatos pudiesen alcanzar movilidad social ascendente, las más connotadas de las cuales solo llegaron a tener una segunda planta.

Así, se interpreta que los negros de cualquier estrato social se les asignaron espacios comunes para su convivencia, ocio, entretenimiento, recreación y educación-instrucción, pero solo un reducido grupo tuvo oportunidades y niveles de acceso para disfrutar de los aparentes privilegios que les otorgaba tener un nivel económico o estatuario diferente.

La escolita de las oblatas – donde se educaban/instruían niñas negras –, funcionó a partir del año 1925, cuando la ciudad contaba con un gran desarrollo arquitectónico; sin embargo, la tipología de esta edificación es la única dentro de los colegios católicos camagüeyanos que se clasifica como escuela-casa, muy utilizada en la educación pública, donde se adaptaba una casa u otro local con fines instructivos. Esta construcción fue insignificante visualmente cuando se compara con el resto de los edificios suntuosos de la ciudad que funcionaron como colegios católicos para los blancos. Las formas constructivas se convirtieron en un elemento diferenciador de las clases sociales dentro de la estructura socioeconómica.

La estrategia de que se adaptara un local casi anodino con funciones educativas para niñas negras, por lo general de buena posición económica, fue uno de los mecanismos ocultos de los que se valió, al menos en esta ciudad, la educación católica para intentar solapar la discriminación racial existente en la sociedad, muy notable también al interior de un sistema religioso que se autoproclamaba paradigma de la justicia social y de la equidad, en servicio del bien común y que al menos en apariencia debía ser coherente e incluyente en su totalidad, no de forma parcial.

No se veía con agrado que en las escuelas de blancos los negros compartieran el mismo espacio y los mismos recursos; era ello el reflejo de una sociedad que en su red institucional también los dividía. Aunque se concedió, casi de forma simbólica, un lugar para instruir a mujeres negras dentro del sistema escolar católico, este otorgamiento por otra parte era muy conveniente para mantener intacta la estructura social en la medida en que, dentro de las posibles consecuencias de esta formación, se garantizarían también dentro de este segmento social negro a potenciales reproductoras-transmisoras de estereotipos en la familia, de esquemas de obediencia y docilidad, sustentadoras de los mecanismos del establecimiento del orden acorde con lo instituido.

Sería arriesgado afirmar que las negras, como grupo minoritario y más desfavorecido – al ser educadas-instruidas en estos edificios católicos – podían ser de manera explícita

contestatarias, resistentes o ejercer presión sobre la estructura y los mecanismos de dominación vigentes, porque automáticamente quedaban excluidas del diseño. Sin embargo, un hecho contrastable es que sus implícitas formas de resistencia, con la cooperación de la familia, del barrio, de amigos, y con el apoyo asociativo, soportaron la violencia simbólica que recayó sobre ellas, incluso, se sirvieron de las estructuras de reproducción social y cultural extendidas al colegio para promocionarse humanamente, recibir enseñanzas, facultades y destrezas, determinantes para su futura inserción en el mundo laboral y para intentar una movilidad social ascendente.

Las informantes que transitaron por estos colegios para negras refieren que la pertenencia a estos espacios legitimadores les otorgaba un mejor reconocimiento social y las ponía en ventaja para acceder a otros empleos que no fueran las labores de servicio doméstico donde existía una sobrerrepresentación de otras mujeres de su mismo color de piel.

Para los hombres negros los espacios instructivos legitimadores dentro de la educación católica escolarizada no existieron ni en Camagüey, ni en el resto de Cuba. Esto se afirma de acuerdo a la revisión histórica de todos los colegios que existieron hasta 1961, y está apoyado en la información que ofrecieron Ernesto Agüero y Luis Mariano Sosa¹⁹ en sus historias de vida. Para ellos quedaron reducidas las posibilidades de escapar del control social, de la resistencia, de ser contrahegemónicos, emancipados, un grupo de producción, que pudiese alcanzar ascenso social; además, ese distanciamiento fue una vía más para mantener, sin modificaciones, la estructura socioclasista, el poder y la dominación del mundo blanco, que se encontraba amenazado si los hombres negros lograban empoderarse, culturizarse, alfabetizarse y ganar los espacios sociales que se les habían negado por siglos.

El racismo estructural y los modelos culturales diferentes se mostraron con fuerza en la praxis social, y aunque operaron desde la sutileza, el ocultamiento y el enmascaramiento, permearon las formas distributivas de espacio/territorio y hasta las maneras de construir escuelas para personas de color de piel negra, diferentes a las construcciones para personas de color de piel blanca y de las diversas clases socioeconómicas, según estratos.

Cuando con el aumento del capital financiero de la burguesía negra camagüeyana se propuso construir un nuevo colegio de mayor idoneidad y distribución espacial, tampoco se pensó en la instrucción de los hombres no blancos. Con esa amplia utilización del espacio y de la infraestructura aumentaron las opciones para incluir una mayor cantidad de mujeres negras, y con este hecho, aunque no se consiguiera revertir o trascender lo dispuesto ni impedir la reproducción de las relaciones y estructuras sociales, al menos se siguió mostrando la capacidad colectiva de los grupos, la necesidad de transformar realidades y de dar respuestas a la presión social ejercida por sujetos sociales

¹⁹ Informantes vinculados con las Hermanas Oblatas de la Providencia pero que solo realizaron estudios de primeras letras con las religiosas.

históricamente discriminados, resistentes, y que continuaba la lucha por la ganancia de espacios.

«La nueva propuesta escolar asumió otros lenguajes constructivos, alejados de los elementos formales del clasicismo europeo y más cercano a modelos norteamericanos» (Revelo, Rodríguez y Rodríguez, 2019: 13). Recuérdese que la orden regente (*Sister Oblate of Providence*) procedía de los Estados Unidos, país donde aconteció por primera vez, dentro de la confesionalidad católica, una fundación educacional institucionalizada por negras y para las negras.

Mediante la edificación del nuevo local se pretendió dejar una huella indeleble de los referentes de una cultura importada, en este caso norteamericana, que además procuraba visibilizarse y expandirse; a la vez, la burguesía negra camagüeyana intentaba mostrar el progreso socioeconómico, el triunfo, a tono con las tendencias y estilos arquitectónicos más renovadores de la época. En este pseudotriunfo del ideal negro no se incluyó a esa otredad pobre, marginal, con acceso limitado a la educación religiosa católica institucionalizada y que no respondía al constructo sociocultural normado y deseado por la clase hegemónica.

Por otra parte, este colegio de oblatas, junto con las teresianas de Saratoga, salesianos y algunas de sus instalaciones anexas como los campos para prácticas deportivas, se ubicaron a las afueras de la ciudad y «esto se correspondió con un estilo de vida que marcó un comportamiento burgués, que intentó guardar distancia de la vida pública, de la contaminación, de lo diferente y lo considerado inferior» (Segre, 1990: 161). En lo más recóndito de la esfera psicosocial, negros y blancos burgueses, al estar distantes desde el punto de vista espacial, intentaron marcar diferencias desde la superioridad con relación a otros grupos.

La anterior afirmación ofrecida por un informante clave²⁰ se refuerza con lo apuntado por investigadores como Duharte (1988), Barcia (2008), Hierrezuelo (2021) y Pons (2021), quienes afirmaron que la pequeña burguesía negra y mulata hasta fines del siglo XVIII se conformó con la imitación de los estilos de vida del mundo de los blancos, renunciando a la búsqueda de la igualdad. A esto se debe añadir que, en el siglo XX dentro de los colegios religiosos católicos, particularmente en los camagüeyanos, se continuaba imitando este patrón dentro del grupo privilegiado «de color» no así dentro de los sectores humildes negros (Duharte, 1988).

El colegio religioso católico, erigido lo mismo en el centro de la ciudad que a las afueras de esta o en la periferia, expresa, desde la observación visual, una suntuosidad y altura que lo convirtieron en punto de referencia para la ubicación. Exhibió el lujo exterior e interior como un símbolo de clase y el esplendor de una burguesía que resistió y se mantuvo poderosa, a pesar de los cambios sociopolíticos, de la imposición del poder

²⁰ Historia de vida de Ernesto Agüero.

norteamericano, y que conservó gran parte de sus estructuras dominadoras, incluso, hasta en las maneras de edificar, porque siempre mantuvo sus propias líneas constructivas.

Exceptuando el colegio de oblatas procedentes de Norteamérica, en las formas constructivas de estas escuelas católicas no se abandonó el sello identitario que confirmaba la presencia sobre todo hispánica; las burguesías locales importaron y reprodujeron miméticamente, para el diseño de estas escuelas confesionales, las fórmulas constructivas europeas, en las cuales predominó la escuela-convento²¹, que por sus elementos arquitectónicos estructurales convidaban al orden, la autoridad, el respeto, la clausura, la obediencia, el encierro, todo lo cual la entroncaba con la idea de una escuela-cárcel, representación que se correspondió con los objetivos de esta tipología educativa de reeducar, moldear y formar a un sujeto dócil y reproductor.

En el análisis de las historias de vida, los entrevistados coinciden con la idea del establecimiento de mecanismos de vigilancia en sus escuelas para el resguardo del orden y del control social. Se reitera el sentimiento de permanente observación, percepción que enlaza con la concepción del panóptico de Michel Foucault que, como finalidad compartida, se intenciona para la formación de un sujeto disciplinado en beneficio de la sociedad; en este caso, que responda y reproduzca también las estructuras ideológicas del sistema.

Disciplina, símbolos de fe y expresiones nacionalistas en los colegios religiosos católicos

En la distribución espacial de los colegios estudiados existían elementos comunes para la vigilancia y el control, tales como el patio central desde donde se tenía una visualización absoluta del claustro interior, los espacios para ruidos moderados, silencios absolutos y recogimiento, así como la presencia de rejas y señalizaciones. La disciplina y el poder se automatizaron, es por eso que los entrevistados comentan que la escuela funcionaba casi sin tener que dar una orden; por ello reconocen a la formación disciplinar y a la obediencia como unos de los grandes valores y logros de esta tipología educativa.

La maquinaria panóptica «fabrica efectos homogéneos de poder» (Foucault, 2002: 206), incide en el dominio de las mentes, los cuerpos y las acciones, permite mantener un comportamiento según las normas, el sujeto de observación al mismo tiempo se convierte en objeto observado, el controlador en controlado. No existe la necesidad del ejercicio de la fuerza para lograr la buena conducta y la aplicación de los estudiantes. La transparencia en la visualidad permitió poder observar los dormitorios, los espacios recreativos, de recogimiento; incluso se vigilaba al personal designado para disciplinar.

Otro lugar significativo para el control, vigilancia y ejercicio de la autoridad lo constituyó la sala de clases, espacio construido con un modelo arquitectónico rectangular homogéneo, que fue el asumido como lógico por el estudiantado, la única forma posible

²¹ Esta tipología, al igual que la escuela- casa, la escuela-cárcel, la escuela-monumento y la escuela-palacio son desarrolladas por el investigador Roberto Segre.

para ellos de organización espacial; el maestro se ubicaba al frente del aula alzado en una plataforma, los alumnos quedaban debajo en sus mesas alineadas, un dispositivo importante para automatizar el poder, mostrar la verticalidad de la autoridad y delimitar de esta forma a los que mandaban y a quienes debían obedecer. Estas prácticas en las formas únicas de estructurar el lugar eran aprendidas, aceptadas, convencionalizadas, naturalizadas y transmitidas por todos los involucrados en el proceso.

Es contradictorio que estas escuelas al interior mostraran una imagen críptica, de reservas; con una rígida formación, reforzada desde el punto de vista sicosocial por elementos arquitectónicos que expresaban inmovilidad, estatismo, orden, respeto, autoridad, e intentaban romper con un medio social de constantes amenazas; sin embargo, hacia afuera la realidad era otra. El observar estos edificios llama la atención de los transeúntes, convida a no ignorarlos; se exteriorizaban a escala urbana porque no pudieron vivir de espaldas a un ambiente y a los habitantes de donde extraía la riqueza. La simbología externa convirtió al colegio en una obra conmemorativa, en un monumento.

En la escuela-monumento, relacionada con esta tipología educativa, se reforzaron los símbolos alegóricos al catolicismo y a la presencia de sus órdenes y congregaciones; con la República, por disposiciones nacionales, se añadieron además en estos colegios confesionales emblemas más perceptibles que estuvieran en consonancia con la nueva ideología, asociados al ascenso de las burguesías nacionales que intentaron desplazar a los grupos peninsulares y homenajear a los prohombres de la historia de Cuba. Y no es que la escuela pública, ni la privada, produjera una «ideologización nacionalista, sino que el nacionalismo ya era popular» (Cordoví, 2007: 7).

No resulta una rareza entonces que a la entrada del colegio de maristas en Camagüey se erigieran a cada lado un busto, uno dedicado a la figura de José Martí Pérez y otro a Félix Varela Morales, acompañados por sendas tarjas conmemorativas; puede ser que las efigies desde sus lecturas culturales lineales y contemporáneas, condujesen a los interpretantes solo a la comprensión de un patriotismo exagerado e intentaran desviar la atención de otros mensajes que permanecían subyacentes.

En ambas esculturas, por una parte, se respira la omnipresencia de clases sociales poderosas, de las sociedades y asociaciones que encomendaron la construcción de las imágenes y que regían la vida sociocultural de Camagüey; por otra, se pretendió, con la presencia de estos distintivos republicanos, aludir al pasado histórico, cumplir con normativas estatales obligatorias y alejar la sombra antipatriótica que pesaba sobre estos planteles educativos para continuar existiendo sin sobresaltos.

Sin embargo, pese a los esfuerzos nacionales en dar a conocer y exteriorizar la historia patria y en presentar a sus principales figuras, en los colegios religiosos católicos siguieron predominando y yuxtaponiéndose los símbolos de fe como fuertes baluartes de la identidad, al parecer mudos, inertes, insignificantes, ingenuos, cuando en realidad

expresaron la opulencia y la fuerza de una institución eclesial expectante, preparada para en el momento preciso volver a emerger con fuerza.

La simbología externa del colegio católico estuvo ligada a una familia congregacional, a la selección tipológica de personas de un sexo, clase social y color de piel determinado; estos emblemas de fe son descifrables únicamente por los practicantes del catolicismo e investigadores y estudiosos del tema; por eso pudieron pasar desapercibidos e incidir con tanta fuerza en la conformación de la conciencia religiosa del alumnado y sus familias en la construcción de un micromundo compartido que para ellos tenía un sentido y los movía al compromiso.

Mediante este repertorio estilístico se fueron configurando identidades, a partir de elementos diferenciadores e identificadores; la comprensión de la topografía desde una visión culturológica puede ayudar a conducir la valoración, pues una de las diferencias más evidentes es precisamente el uso de los nombres: el colegio religioso católico nominó sus espacios de manera diferente al colegio confesional protestante y a la escuela pública, remitiendo a contextos, imaginarios y universos de sentidos bien distantes.

En el interior de los colegios católicos existen espacios que son identificados por todos los practicantes, lugares compartidos, de interacción, delimitados por funciones, como, por ejemplo, el vestíbulo, que es cuidado por la figura del portero, conserje o bedel; la despensa, cocina y refectorio atendido por un refitolero; los dormitorios para un solo sexo, los patios y la capilla.

Todo se nombra diferente; el código lingüístico juega un papel fundamental para sobrevivir en este espacio escolar católico, para aprender y aprehender la relación entre los significantes y sus significados, para lograr una mejor convivencia y cumplir con las exigencias disciplinares que incluían hasta los modos de hablar. Se exigía dentro de las normas internas de respeto que al personal consagrado que regentaba estos espacios se les llamara madres, padres, hermanas, hermanos, fray o sor, si los religiosos eran europeos o latinoamericanos, y *sister* si eran de origen norteamericano. Permanecen elementos de culturas importadas que se fueron extendiendo y naturalizando en el ámbito social cubano.

Las formas nominativas del parentesco tradicional en la que fueron socializados los docentes y los educandos de estos colegios católicos crearon en ellos un vínculo indisoluble con el tipo de familia congregacional adquirida, relaciones que fueron reforzadas por la creación de redes de apoyo, como las asociaciones de exalumnos/as y familiares, que tributaban con ayuda material y fueron baluartes para que se mantuvieran esquemas circulares de reproducción.

Tampoco Camagüey como espacio social donde se erigieron los colegios católicos pudo escapar de la distendida práctica de reescribir la toponimia urbana como una muestra fehaciente del «poder neocolonial [...] como una manera de legitimar una cultura a costa de la precedente» (Tamames, 2021: 76). En la República también se cambiaron los nombres

de calles que tenían sus referentes en el santoral católico y, los de las escuelas públicas, que se identificaban con números, fueron sustituidos por otros que aludían a la memoria histórica de las gestas independentistas, sus héroes, mártires y líderes de ascendencia local.

Ante estas transformaciones nominales, las escuelas religiosas privadas no fueron afectadas. En el caso de las de confesionalidad católica, se mantuvo la tradición de que a los colegios de niñas se los continuara bautizando con nombres de santas o fundadoras de las órdenes o congregaciones, advocaciones marianas o cristianas, y a los colegios de niños, por lo general, se les ponía el nombre del fundador de la familia congregacional que los instruía.

Sin embargo, en esta ciudad ocurre un hecho insólito: al colegio de salesianos de niños y a uno de niñas se le inscribió con el mismo nombre, Dolores Betancourt; la primera escuela que tuvieron las oblatas se llamó Cayetano de Quesada, y la escuela de amparo filial se nominó María Montejo Tan. El uso excepcional de estos antropónimos estuvo asociado a homenajear la labor caritativa de los benefactores regionales, gestores de la más alta burguesía regional que se relacionaron con los decisores camagüeyanos y con la jerarquía eclesial y pudieron ejercer una fuerte presión social en los procesos de decisión de la Iglesia católica, en estos casos la llamada *Señorita Medio Millón*, un camagüeyano que era Cónsul de Cuba en Nueva York y una dama que recaudó fondos para la edificación de su plantel.

La construcción de los colegios religiosos católicos en Camagüey, con excepción de los encargados por Dolores Betancourt²² y María Montejo Tan fueron encomendados por las órdenes y congregaciones religiosas asentadas en la ciudad; en ellos, desde el punto de vista topográfico y arquitectónico, se advierten regularidades como elementos conformadores de una parte de la identidad local como a continuación se analiza.

Estas escuelas católicas se construyeron frente a una plaza o cercanas a ella para facilitar la asistencia a los actos y actividades y demostrar idoneidad constructiva, innegable presencia, fuerza y poder. Aprovechan la esquina; se encontraban separadas de edificios próximos demostrando su independencia y evitando todo contacto,

ubicadas en la cota topográfica más alta del sitio donde se enclavaron o en su defecto se elevaron sobre un basamento alto o pódium [...] la composición volumétrica compacta de mayor escala y mejores proporciones de las que lo rodean (Echemendía, 2016: 217)

Las características apuntadas por Echemendía (2016) en los templos católicos para el culto en Camagüey se repiten de forma idéntica en el repertorio religioso escolar, porque a pesar de la distancia en el tiempo que medió entre la construcción de la mayoría de los

²² La *Señorita Medio Millón* sí aportó donaciones cuantiosas para las obras de salesianos, pues Cayetano de Quesada fue solo un gestor para que entraran las oblatas a Camagüey y ayudó a conseguirles el local.

templos y las escuelas católicas, a estas últimas se les reservó un espacio, pues alrededor de ellas también giraba la mayor parte de la vida social de los ciudadanos, con marcada tradición cristiana y esta cercanía permitía el control eclesial.

El vínculo con estos planteles educacionales condujo a la construcción de identidades diversas; por ejemplo, se convirtieron en espacios de identificación escolar cristiana católica con significaciones en las congregaciones que los regentaron; en el proceso de entrevista a los informantes se pudo observar que estos exalumnos/as continúan sintiendo apego con «objetos, lugares, estimación de aprendizajes, enseñanza de valores, símbolos o conceptos» (Arias, 2013: 32), lo cual «impacta en los lazos sociales y sentimentales de la comunidad de pertenencia» (Hidalgo, 1998: 56). Actualmente continúan reuniéndose, en diferentes asociaciones, los exalumnos/as de todos los colegios cristianos que antaño funcionaron en la ciudad de Camagüey, incluyendo a los de confesionalidad protestante, no así el alumnado de otras iniciativas privadas o los de escuelas públicas.

Otras identidades que emanaron del establecimiento de relaciones entre los exalumnos/as de los colegios católicos son: la identificación con el conjunto de edificios pertenecientes a una misma confesionalidad y filiación con una orden o congregación religiosa específica; el uso de códigos sociolingüísticos y formas de nominar para comunicarse; y la identidad con las características de la agrupación humana a la que se perteneció. Las asociaciones de exalumnos/as se continúan reuniendo según el sexo y el color de la piel, y como la mayoría continuó viviendo en el mismo territorio, buscan un espacio asociativo de fácil acceso para todos. En este proceso de interacción continúan subyacentes los vestigios del nivel económico que se ostentó, el estatus asociado a la escuela a la que se perteneció y otras manifestaciones de la ideología en la que fueron socializados los exalumnos que, junto a los aspectos instructivo-educativos, explícitos y ocultos, contribuyeron a conformar concepciones del mundo entre sus vivientes.

CONSIDERACIONES FINALES

El análisis de la arquitectura escolar católica en colegios camagüeyanos (1900-1961) permitió establecer relaciones desde lo macro con: lo estructural, histórico, cultural e institucional y desde lo micro con: el contexto áulico y la distribución de otros espacios internos que permitieron develar las relaciones de poder; cómo desde lo visual-construido se transmite la ideología de la clase dominante, el sistema disciplinar y sus dispositivos, que conducen a esquemas circulares de reproducciones social y cultural, que se van transmitiendo de manera oculta hasta su naturalización e internalización.

Se analizó, además de la arquitectura escolar, el urbanismo, la topografía, la territorialidad y el sistema simbólico, no solo como un reflejo de la estratificación y diferenciación social del momento, sino en su incidencia como espacio socioformativo, disciplinar, de vigilancia, de inhibición de las acciones de los estudiantes y como

conformador de identidades. Se inscribe en lo que algunos autores definen como currículo visual oculto.

Las historias de vida de los exalumnos/as revelaron que existe una correspondencia entre la escuela donde estudiaron, el nivel infraestructural de la misma y los oficios y profesiones que desde pequeños les habían sido asignados y en los que se desempeñaron posteriormente. Los varones de clase social alta en su mayoría se profesionalizaron; aquellos que asistían a las escuelas donde se habían construido talleres para su preparación trabajaron en oficios y especialidades técnicas de menor remuneración: la movilidad social ascendente era una quimera.

A las mujeres de cualquier clase social se les construyeron espacios escolares para el aprendizaje de labores domésticas; su misión se dirigía al mundo de los servicios y al cuidado de la familia.

La presencia en el ámbito escolar de categorías como el sexo, la clase social, el color de la piel y la territorialidad, vinculadas al espacio construido, plantea una necesidad de interpretación, desestructuración y resistencia, porque dichas categorías conducen a cambios en las prácticas educativas, y ello implica comprender a la arquitectura no solo como manifestación artística, sino también como un influyente espacio socioformativo.

REFERENCIAS

- ARIAS, M. (2013). *La arquitectura escolar como espacio sociofísico formativo: una mirada desde los/as estudiantes*. (Tesis de maestría). Universidad de Chile, Chile.
- BARCIA, M.C. (2008). *Los ilustres apellidos: negros en la Habana Colonial*. Ediciones Boloña.
- CORDOVÍ, Y. (2007). *Historia de la formación cívico-patriótica a inicios de la república: el maestro de certificado 1899-1920*. (Tesis Doctoral). Universidad de La Habana, Cuba.
- COLEMAN, J. ET AL. (1966). *Equality of Educational Opportunity*. Washington, DC, US: Government Printing Office.
- DUHARTE, R. (1988). El ascenso social del negro en la Cuba Colonial. *Boletín Americanista*, (38), 31-41.
- ECHEMENDÍA, A. (2019). La arquitectura católica cubana. *Iglesia Católica y Nacionalidad Cubana*. En ESTRADA, J. (pp 215-220). Ediciones Universal.
- FERNÁNDEZ, T. (1997). *Historia de la Educación católica. 1582-1961*. (T. II.) (Vol. I). Universal.
- FOUCAULT, M. (2002). *Vigilar y Castigar: nacimiento de la prisión*. Editorial XXI, Editores Argentina.
- HIDALGO, M. C. (1998). *Apego al lugar: ámbito, dimensiones y estilos*. (Tesis Doctoral). Universidad de La Laguna, Santa Cruz de Tenerife, España.
- HIERREZUELO, M. C. (2021). La mujer «de color» en la sociedad colonial santiaguera. Un comentario. *Afrocubanas, historia, pensamiento y prácticas culturales*. Editorial de Ciencias Sociales.
- IZAGUIRRE, Y. (2020). *Los monumentos conmemorativos ubicados en el distrito Julio Antonio Mella de la ciudad de Camagüey durante el siglo XX* (Tesis de pregrado). Universidad de Camagüey «Ignacio Agramonte Loynaz», Cuba.

- JENCKS, C; SMITH, M; ACLAND, H. ET AL. (1972). *Inequality: A Reassessment of the Effet of Family and Schooling in América*. Basic Boock.
- PONS, M. (2021). *Cubanas/os negras/os en su laberinto educativo: un análisis pedagógico-crítico de ausencias/emergencias* (Tesis Doctoral). Universidade Federal de Minas Gerais, Brasil.
- REVELO, P; RODRÍGUEZ, V Y CABALLERO, M. T. (2018). Contribución social de médicos camagüeyanos a los colegios religiosos católicos: el estigma de ser negro. *Humanidades Médicas*, 18(3), 749-765.
- REVELO. P; RODRÍGUEZ. V Y RODRÍGUEZ. L. (2020). Los colegios católicos (1900-1961): patrimonio religioso-educacional de la ciudad de Camagüey. *Arcada*, 8(1) ,10-16.
- SEGRE, R. (1990). *Lectura crítica del entorno cubano*. Editorial Letras Cubanas.
- SOSA, E. Y PENABAD, A. (2001). *Historia de la educación en Cuba* (T.VII). Pueblo y Educación y Ediciones Boloña.
- TAMAMES, M. (2021). La cofradía de los signos urbanos. En *Camagüey. Signos arquitectónicos y urbanos de la etapa republicana*. Editorial Ácana.

DATOS DE LOS AUTORES

Pável Revelo Álvarez (Camagüey). Licenciado en Estudios Socioculturales, Máster en Cultura Latinoamericana. Profesor Auxiliar de la Universidad de Camagüey, Departamento de Gestión Sociocultural para el Desarrollo. Vicepresidente de la Cátedra Honorífica de Antropología, miembro de la Unión de Historiadores de Cuba (Unhic), miembro de Redipe, miembro del proyecto Ruta del Esclavo. Ha publicado en varias revistas especializadas en Cuba y en el extranjero: *Humanidades Médicas*, *Del Caribe*, *Arcada*, *Raíces*, *Cátedra* entre otras. Mención especial del premio de Salud Provincial en la categoría artículo científico, 2022.

Vilda Rodríguez Méndez (Camagüey). Licenciada en Filosofía en la Universidad estatal de Kazajstán por la URSS, Doctora en Ciencias Filosóficas. Profesora Titular de la Universidad de Camagüey. Editora de la Editorial de la Universidad de Camagüey. Premio Internacional de investigación en su edición XII que otorga la Fundación Foro Jovellanos del Principado de Asturias, 2011. Ha publicado en revistas especializadas en Cuba y en el extranjero.

María del Carmen Véliz Torres (Camagüey). Licenciada en Historia, Doctora en Ciencias Históricas. Profesora Titular de la Universidad de Camagüey, Departamento de Historia, Miembro de la Cátedra Honorífica de Antropología, Miembro de la Unión de Historiadores de Cuba (Unhic), miembro del proyecto Ruta del Esclavo. Ha publicado en varias revistas especializadas en Cuba: *Humanidades Médicas*, *Transformación*, entre otras.

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO: REVELO, P.; RODRÍGUEZ, V.; VÉLIZ, M.C. (2023). Arquitectura escolar católica en Camagüey, Cuba (1900-1961) como espacio socioformativo. *Islas*, 65(205): e1265.



Este texto se distribuye bajo una licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.

ISSN: 0042-1547 (papel) ISSN: 1997-6720 (digital)

<http://islas.uclv.edu.cu>